

La industria metalúrgica y la Fábrica de Hojalata de El Salobre (Albacete)

Aurelio Pretel Marín¹²⁰

Aunque es de suponer que la existencia de minas en la zona de Alcaraz y Riópar —y obviamente también en El Salobre, donde en varios lugares encontramos escorias— sería conocida desde la antigüedad, la verdad es que no hay noticias al respecto. Ni siquiera podemos discernir si el topónimo *Fayy al-Ma`din* (“Angostura o Garganta de la Mina”) que describe el geógrafo al-Zuhrí, y que se corresponde inequívocamente con Los Chorros donde nace el río Mundo, se refiere a las minas de hierro del entorno, o a las de Calamina descubiertas en el siglo XVIII, o a la misma cueva, de la que dice brota la cascada que “cae sobre la roca, y desde muy lejos se oye retumbar como un trueno la caída del agua”¹²¹. Del resto, no tenemos ni la menor noticia.

Por la misma razón, no se puede aceptar lo que dice Vallvé¹²², basándose en Madoz, sobre la producción en Riópar del azófar o “cobre amarillo” (es decir, de latón) y chapas de hojalata, que, en efecto, se daban en Al-Andalus, pero aquí no nos consta. El mismo autor supone que sería la riqueza minera de Alcaraz y Riópar, con su correspondiente industria metalúrgica, la razón por la cual Alfonso VIII conquistó estos castillos hace ochocientos años, en 1213; pero tampoco da razón que lo demuestre, y a nuestro juicio es bastante más probable que lo que pretendiera fuera el control completo de las rutas que siguen los valles de los ríos Guadalmena y Mundo (El “camino de los Cartagineses” que llevan desde Murcia, a Segura y Jaén por el Guadalimar (*Wadi al-Ahmar*, “Río Rojo”). Y en la Baja Edad Media solamente tenemos noticias de unas minas de alumbre en tierra de Alcaraz y de industria textil

¹²⁰ Aurelio Pretel Marín es doctor en Historia. Fue miembro fundador y Director durante 9 años del Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”, cuya Sección de Historia presidió hasta 2006. Profesor de Enseñanza Secundaria por 38 años, lo ha sido también en la UNED de Albacete y en la Facultad de Humanidades de la UCLM.

¹²¹ TERÉS, Elías: *Materiales para el estudio de la toponimia hispanoárabe. Nómima fluvial*, Madrid, 1986, p. 389.

¹²² VALVÉ BERMEJO, Joaquín: *Al-Ándalus y el Magreb en la época de la conquista de Sevilla*, BRAH CXCVIII (2001), pp. 25-26.

y tintorera, molinos y batanes, que no tienen que ver con la de los metales ni con la minería. Sin embargo, sabemos que las de hierro abundan, o al menos no escasean, y puede que el topónimo de la sierra llamada “Relumbrar” tenga mucho que ver con las minas que había en esa zona (en tal caso, sería “El Herrumblar”, aunque esto tampoco está documentado).

Precedentes: minas y ferrerías

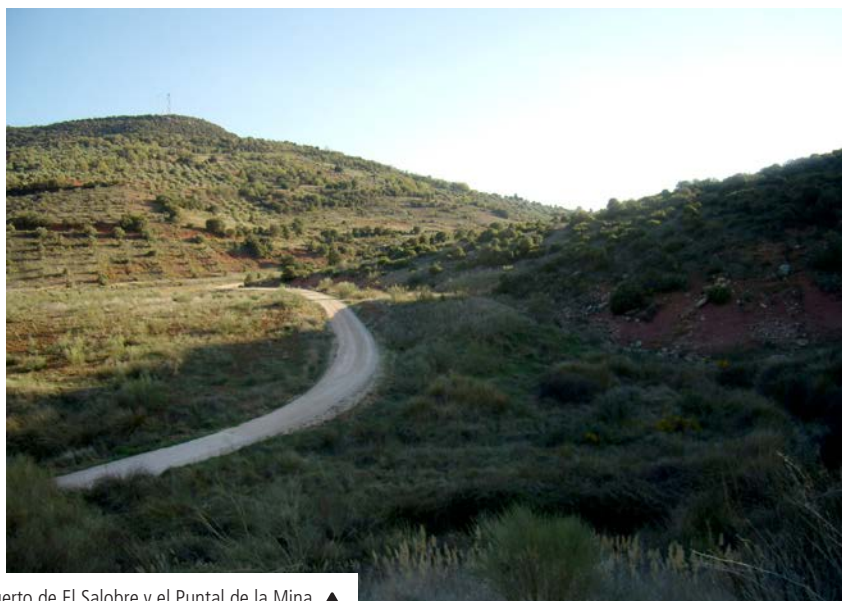
El “Puntal de la Mina”, en El Salobre, es de por sí un topónimo sumamente expresivo, y aunque nada sabemos sobre su antigüedad, si se puede afirmar que muy cerca de él, en El Hocino, es fácil encontrar escorias muy añejas. Pero si de Alcaraz y Riópar, poblaciones históricas y más documentadas, no hay noticia al respecto, no hay que ponderar las que habrá de El Salobre, un pueblo “sin Historia”, cuyo nombre no vemos hasta fines del XV y comienzos del siglo XVI. Las primeras noticias señalan a su río, la fuente de energía que mueve sus molinos, pero ya no sabemos si servían ya entonces — como lo harán después— para otras industrias, como la metalúrgica. Sí sabemos, en cambio, que a lo largo del siglo XVI se instalan ferrerías, que serán propiedad del Conde de Paredes y tal vez dependieran al principio de otras que hubo en Villapalacios, pueblo de dicho noble.¹²³ Es de creer que tuvieran relación con el rápido aumento del censo de habitantes en el último cuarto de este siglo.¹²⁴ A finales del mismo, José Sánchez Ferrer¹²⁵ ha demostrado mediante documentos que aquellas ferrerías estaban alquiladas a Sancho de Sorronza, vecino de Alcaraz, que vivía en El Salobre, y es de creer que con él vivieran sus obreros. Por lo menos se habla de un fundidor o “arozá”, un tirador -que estiraba el metal para hacer el alambre- y otros oficiales; pero además se habla de Esteban de las Yeguas, vecino de El Salobre, que traía el carbón (sin duda, vegetal), y de Pedro Pontón, que desde Santander también se había venido a vivir a esta aldea y arrendaba igualmente este negocio.

Ignoramos si acaso parte de las tensiones que vemos entre súbditos del Conde de Paredes y algunos salobreños, que hasta motivarían un pleito celebrado en la aldea y una dura condena para el conde y sus hombres, tendrán algo que ver con estas ferrerías o las invasiones de las zonas mineras. Las primeras noticias que tenemos se refieren a una ocupación desde Villapalacios del Puerto del Salobre, que está precisamente junto al

¹²³ VALDELVIRA GONZÁLEZ, Gregorio: *La provincia de Albacete durante el reinado de Felipe II, según las Relaciones Topográficas*, Al-Basit n° 39, Albacete, 1996, p. 209.

¹²⁴ PRETEL MARÍN, Aurelio: *El Salobre y Reolid, dos pueblos sin historia*, Cultural Albacete, n°12/13, 2008, pp. 55-70.

¹²⁵ SÁNCHEZ FERRER, José: *Documentos de 1599 sobre ferrerías en El Salobre*, Al-Basit n° 56, 2011, pp. 267-280.



El camino del Puerto de El Salobre y el Puntal de la Mina ▲

antes citado “Puntal de la Mina”, en 1483, pero ya no nos consta que hubiera explotación de recursos mineros hasta las mencionadas ferrerías del siglo XVI, de las que, sin embargo, ya no se vuelve a hablar durante mucho tiempo. De hecho, la relación enviada al geógrafo real Tomás López de Vargas mucho tiempo después, hacia 1786, no habla de las minas, sino sólo presume la existencia de hierro y de carbón. Dice: “...entre las Aldeas Salobre y Reolid se encuentran en la superficie de la tierra, quando lluebe, vnos granates que parece que los han labrado de intento [...]; en el mismo sitio y otros de estas sierras hai también bastante cristal de roca o montano; y no puede negarse que el país contiene minerales de Yerro, Carbon de piedra, y otros, que estan escondidos en el centro de las montañas, por no haberse procurado su descubrimiento”.¹²⁶

Y es que con la crisis del siglo XVII, que hizo perder al Salobre —como a toda Castilla— bastante población, aquellas ferrerías del Conde de Paredes (quien además perdió a principios del siglo XVIII rentas y señorío por haber apoyado al Archiduque Carlos frente a Felipe V), pudieron eclipsarse o desaparecer. Sin embargo, a mediados de esta misma centuria (1753), aunque no se menciona que aquellas pervivieran, el famoso *Catastro de Ensenada* reseña la existencia de distintos molinos harineros y de “un martinete para batir el cobre en la vega del río del Salobre, con

¹²⁶ RODRÍGUEZ DE LA TORRE, Fernando; y CANO VALERO, José: *Relaciones geográfico-históricas de Albacete (1786-1789) de Tomás López*, IEA, Albacete, 1987, pp. 111-112.

cuia agua anda”;¹²⁷ artefacto servido por un martinetero y un oficial del mismo, que era propiedad del Conde de las Navas, quien había comprado al de Paredes todo cuanto tenía en tierras de Alcaraz. Noticia sorprendente, en todo caso, pues no hay minas de cobre, que sepamos, y que pudiera ser reflejo de algún cambio en las aplicaciones metalúrgicas de la antigua herrería (que quizá ya estuviera en el lugar aún hoy llamado “El Martinete” o “La Herrería”). No lejos, el topónimo “Roda Vieja”, en el sitio donde luego sabemos que se hizo una presa, pudiera referirse a una “rueda” hidráulica que moviera ese antiguo martinete, pero no es muy seguro. El cura de Reolid al hacer relación al Cardenal Lorenzana sobre el mismo Reolid y su “anejo”, El Salobre, llega a decir, en 1782, que esta aldea se fundó con motivo del establecimiento de dicho martinete: “De Reolid no consta quando ni por quién se fundó [...] y por la parte que toca al Salobre consta por tradición humana se fundó con motivo de haverse establecido una fabrica de cobre llamada el Martinete, la que ha quatro años está sin maestros, en ocio”.¹²⁸ Lo cual, si bien no es cierto, sí permite afirmar la percepción que había de la gran importancia que esta actividad tenía para el pueblo, sobre todo, sabiendo que treinta años antes el citado Catastro solamente registra la presencia en el mismo de cinco labradores, un pastor mayoral, un molinero y los martineteros mencionados, aunque seguramente debería haber más.

La fábrica “ilustrada” del siglo XVIII

A juzgar por lo visto, no es cierto, ni de lejos, que la industria llegara hasta El Salobre de la mano del rey Carlos III, o de los ilustrados que traen el proyecto de levantar aquí unas reales fábricas para la producción de chapa de hojalata, ni que fuera una simple emulación de las recién creadas de San Juan de Alcaraz. En cambio, sí parece que será aquella idea la que dará a este pueblo una etapa de nuevo crecimiento.

Todo comenzaría con el “descubrimiento” —al menos, la denuncia y privatización por parte de un infante de la Casa Real— de siete yacimientos de mineral de hierro y ocho de carbón en tierras de Alcaraz, Villanueva, Yeste, Riópar, Villaverde y Cotillas. Como es natural, don Gabriel, el infante, suplicó a al monarca que le diera estas minas, y el amoroso padre, como rey absoluto, se las dio por real privilegio hecho en El Escorial el 28

¹²⁷ *Alcabala del Viento, Alcaraz, 1753, Según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*, Introd. de F. García Gómez, Madrid, 1994, p. 90.

¹²⁸ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ramón: *El partido de Alcaraz a través de las Relaciones del Cardenal Lorenzana*, Al-Basit nº 28, 1991, pp. 15-75.

cuia agua anda”;¹²⁷ artefacto servido por un martinetero y un oficial del mismo, que era propiedad del Conde de las Navas, quien había comprado al de Paredes todo cuanto tenía en tierras de Alcaraz. Noticia sorprendente, en todo caso, pues no hay minas de cobre, que sepamos, y que pudiera ser reflejo de algún cambio en las aplicaciones metalúrgicas de la antigua herrería (que quizá ya estuviera en el lugar aún hoy llamado “El Martinete” o “La Herrería”). No lejos, el topónimo “Roda Vieja”, en el sitio donde luego sabemos que se hizo una presa, pudiera referirse a una “rueda” hidráulica que moviera ese antiguo martinete, pero no es muy seguro. El cura de Reolid al hacer relación al Cardenal Lorenzana sobre el mismo Reolid y su “anejo”, El Salobre, llega a decir, en 1782, que esta aldea se fundó con motivo del establecimiento de dicho martinete: “De Reolid no consta quando ni por quién se fundó [...] y por la parte que toca al Salobre consta por tradición humana se fundó con motivo de haverse establecido una fabrica de cobre llamada el Martinete, la que ha quatro años está sin maestros, en ocio”.¹²⁸ Lo cual, si bien no es cierto, sí permite afirmar la percepción que había de la gran importancia que esta actividad tenía para el pueblo, sobre todo, sabiendo que treinta años antes el citado Catastro solamente registra la presencia en el mismo de cinco labradores, un pastor mayoral, un molinero y los martineteros mencionados, aunque seguramente debería haber más.

La fábrica “ilustrada” del siglo XVIII

A juzgar por lo visto, no es cierto, ni de lejos, que la industria llegara hasta El Salobre de la mano del rey Carlos III, o de los ilustrados que traen el proyecto de levantar aquí unas reales fábricas para la producción de chapa de hojalata, ni que fuera una simple emulación de las recién creadas de San Juan de Alcaraz. En cambio, sí parece que será aquella idea la que dará a este pueblo una etapa de nuevo crecimiento.

Todo comenzaría con el “descubrimiento” —al menos, la denuncia y privatización por parte de un infante de la Casa Real— de siete yacimientos de mineral de hierro y ocho de carbón en tierras de Alcaraz, Villanueva, Yeste, Riópar, Villaverde y Cotillas. Como es natural, don Gabriel, el infante, suplicó a al monarca que le diera estas minas, y el amoroso padre, como rey absoluto, se las dio por real privilegio hecho en El Escorial el 28

¹²⁷ *Alcabala del Viento, Alcaraz, 1753, Según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*, Introd. de F. García Gómez, Madrid, 1994, p. 90.

¹²⁸ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ramón: *El partido de Alcaraz a través de las Relaciones del Cardenal Lorenzana*, Al-Basit nº 28, 1991, pp. 15-75.

de octubre de 1786.¹²⁹ No en vano, eran los tiempos en los que el Despotismo Ilustrado, del que Carlos III es nuestro paradigma, no conocía límites al deseo del rey, que veía en la ciencia y la tecnología las fuentes del progreso y la “felicidad” —sobre todo, de algunos— y quería impulsar los cambios necesarios para poner a España al nivel de las grandes potencias europeas, remontando dos siglos de atraso y decadencia.

Una ocasión de oro para el ilustrado —y espabilado— infante, que inmediatamente comenzó a proyectar el establecimiento de una industria de lingotes de hierro en las proximidades de Alcaraz. Coincidió este proyecto, aunque probablemente no fuera coincidencia, con el del secretario de Hacienda, Pedro López de Lerena, de crear una fábrica de hojalata que corriera mejor suerte que la de San Miguel de Júzcar de la sierra de Ronda —la primera de España, fracasada— y que acaso podría situarse en las recién creadas fábricas de latón de San Juan de Alcaraz, tal vez utilizando dependencias y máquinas de éstas. La idea fue acogida por el austriaco Graubner, director de las mismas, pero con variaciones: debería de ser una fábrica aparte, con cinco edificios, fraguas y martinets, personal suficiente, y todo, obviamente, bajo su dirección; es decir, un proyecto de más envergadura y bastante más caro.

Sin embargo, a finales de ese mismo año, 1786, dos técnicos franceses, Antonio Reynaud y Miguel Delone Platón, ofrecieron al rey hacer hoja de lata mejor y más barata que la que se compraba a ingleses y alemanes, y aunque Juan Jorge Graubner propuso realizar el proyecto, Lerena, aconsejado por su comisionado, Juan Francisco de los Heros, se lo dio a los franceses, que habían realizado pruebas satisfactorias, sacando algunas planchas de buena calidad, que —decían— aún sería mejor si se incorporaba una laminadora de cilindros. Pero Heros, además, desconfiaba de que la ferrería de don Gabriel pudiera dar abasto del hierro necesario, entre otras razones porque no estaba claro que las minas pudieran producir el volumen preciso, por lo cual se ordenó a Reynaud y Delone, acompañados por don Félix de Gérica, abogado de los Reales Consejos (que, sin duda, se estaba ganando el nombramiento de nuevo director), visitar la comarca, durante el mes de agosto de 1787, reconocer más minas y buscar un lugar más adecuado que el propuesto por Graubner.

La consecuencia fue, según el memorial elevado el 28 de septiembre a López de Lerena por los comisionados Heros y Mendinueta, la elección de El Salobre, aldea situada a mitad de camino de Alcaraz a Riópar, abundante en madera y corrientes de agua, mejor comunicada, medianamente un “camino carretil” que la unía al real de Andalucía a La Mancha y

¹²⁹ Biblioteca de Palacio, Madrid, CAJ/FOLL225(16). LARRUGA, Eugenio: *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Tomo XVII, Madrid, 1972, pp. 98-99.

Castilla, y de clima más sano¹³⁰. Aunque no se menciona, es de creer que también influyera en su ánimo la tradición local de herrerías, martinete e industria mulinaria movida por el río, y quizá la existencia de una mina cercana. Probablemente, ya no confiaban mucho en las de don Gabriel —quien, por cierto, murió al año siguiente— ni en su manufactura, que ya había empezado a construirse no muy lejos de Riópar, pero sólo ofrecía dar lingotes, y no planchas de hierro para ser refinadas.

Por más sano que fuera, el clima de El Salobre no evitó que los dos franceses enfermaran de unas fiebres palúdicas (tercianas) y hubieran de parar el reconocimiento de nuevos yacimientos de mineral de hierro, aunque para septiembre de 1787 ya tenían la maqueta del nuevo edificio y habían reconocido los montes circundantes, mientras Heros lograba la licencia de la Secretaría de Marina para cortar los árboles que fueran necesarios. Gérica fue nombrado director de la fábrica y en marzo de 1788 se firmaba el contrato formal con Reynaud y Delone, que respectivamente cobrarían 24 y 20 reales diarios, trazarían los planos, llevarían la dirección técnica e incluso enseñarían el oficio a los trabajadores de la localidad.¹³¹

Según el presupuesto diseñado por Gérica, serían necesarios 4 hornos de reverbero y un par de martinetes para la fundición y batido del hierro (total, 24.000 reales); otros cuatro hornos más y la nueva máquina de cilindros para laminación por el “sistema inglés” (otros 36.000), otros 3.500 en herramientas, mesa de trazado y cizayas para el recortado; otros 2.500 para todo el taller de blanqueado; 10.000 para el proceso de estañado y acabado final, y otros 22.000 para yunques, martillos fuelles para la fragua y gastos imprevistos. En total, 100.000 reales, a los que pronto habrían de añadirse otros tantos para la construcción del edificio, que se adjudicaría en subasta al maestro Lucas de Villanueva, quien sin duda debía rectificar los bocetos que había presentado Reynaud.

Pese a nuevos retrasos, debidos al mal tiempo y a otras fiebres tercianas, que afectaron a Gérica, en octubre de 1788 las obras avanzaban: el edificio había salido de cimientos y tenía, por lo menos, las paredes maestras; incluso se añadía una segunda nave de 100 por 30 pies, para que los obreros pudieran alojarse, pues en el pueblo sólo había 26 casas. Como había dinero, no sería difícil terminarla ni adquirir herramienta y maquinaria, a excepción de los dos rodillos de la laminadora, pues no había en España expertos para ello, hasta que la Real Fábrica de Municiones de San Sebastián de Muga (Gerona) aceptó proveer estos cilindros. Todo marchaba bien, y el maestro Villanueva pensaba que podría acabarse

¹³⁰ Archivo General de Simancas, SSH-795, Docs. 642- 653.

¹³¹ Tomamos estos datos, y los que seguirán, salvo cita en contrario, de HELGUERA QUIJADA, Juan: *La industria experimental del siglo XVIII: la fábrica de hojalata de El Salobre, 1786-1789*, Cuadernos de Investigación Histórica nº 4, Madrid, 1980, pp. 125-151.



El antiguo edificio convertido en viviendas. ▲
El frente de la plaza sería el de la Fábrica el que
sube, a la izquierda, la vivienda de obreros.

la fábrica en agosto de 1879; pero los delegados Heros y Mendinueta confiaron en Gérica, a quien lógicamente le interesaba poco terminar el proyecto, a cuya conclusión perdería un trabajo muy bien remunerado con 15.000 reales anuales. Y, como consecuencia, la obra se estancó durante un par de años, aunque el gasto ya era doble de lo previsto (sobre todo, en los cargos directivos, pues los trabajadores solamente cobraban 4 reales diarios). Como señala Helguera, cuatro años después de su comienzo, la que proyectó como empresa pequeña y experimental “había adquirido ya todas las características negativas de las manufacturas estatales del siglo XVIII: elevadísimos costes de instalación, tardía puesta en producción, falta de competitividad y rentabilidad económica, y dudosa y diferida capacidad de autofinanciación”.¹³²

A comienzos de 1793, terminada la fábrica, y hasta con la famosa máquina de cilindros instalada, Gérica ya no sólo empezó a trabajar para hacerla rentable, sino que dedicó los dos años siguientes a ampliar el proyecto y hacer experimentos añadiendo talleres dedicados a hacer planchas de cobre y latón (entrando en competencia con Graubner y las fábricas de San Juan de Alcaraz, a quien la Armada había rechazado pedidos por mala calidad), a la vez que intentaba producir alambres y cilindros, para ampliar la empresa y su capacidad, cuando aún no había empezado a producir en serio. Estos experimentos y esta falta de rentabilidad

¹³² HELGUERA QUIJADA, Juan, O. C., p. 140.

motivaron tensiones dentro y fuera de ella: a comienzos de 1795 el Consejo de Castilla mandó una comisión de inspección a El Salobre, que decidió cortar dichas actividades, desestimó los cálculos optimista de Gérica y limitó a los planes primitivos —la chapa de hojalata— el plan de producción, permitiendo tan sólo que se hicieran cilindros para el laminado del latón en las que Graubner seguía dirigiendo (aunque no se logró fabricarlos de acero, como se pretendía, sino en hierro colado, lo que no permitía competir en calidad con el latón inglés).

A esto vino a sumarse la actitud megalómana de Gérica, que, en lugar de aprender de sus errores, pidió la dirección no ya únicamente de la industria montada en El Salobre, sino de la mayor de San Juan de Alcaraz, y encima se enfrentó con Antonio Reynaud, el director técnico, que acabó por pedir su cese por inepto y por entrometido en 1798. La muerte de Reynaud y Delone Platón, unos meses después, pudo salvar a Gérica, pero privó a la fábrica de los únicos dos expertos que tenía, y la denegación por parte del Estado de una nueva prórroga para la subvención, que hasta el momento la había mantenido, terminó por hundir el curioso proyecto con el fin de la década y del siglo. Un proyecto nacido, como tantos de entonces -y de ahora- en España, de una decisión absolutista y poco meditada para favorecer a un “emprendedor” de la Casa Real, de la improvisación de unas autoridades demasiado solícitas con él y con sus intereses, que no se aseguraron de la viabilidad industrial de la empresa ni calcularon bien el suministro de la materia prima, ni vieron el desvío del dinero empleado y del plan inicial, ni se ocuparon mucho de enseñar el oficio a los vecinos, se hundía sin remedio. La falta de criterio, responsabilidad y coherencia —por no hablar de honradez— por parte de los técnicos, funcionarios, políticos, y muy en especial de Gérica, nombrado sin tener aptitudes ni mayor interés que mantener su sueldo y presumir de un cargo que le venía grande, hizo que terminara como forzosamente tenía que acabar.

Epílogo: la industria del siglo XIX y su rastro en el XX

En el último año del siglo XVIII, la fábrica se hundió definitivamente. Los obreros, que no habían percibido sus últimos salarios, se llevaron enseres y herramientas como resarcimiento y se fueron marchando de El Salobre. Los vecinos robaron lo poco que quedaba en las instalaciones, a excepción de las máquinas pesadas, que permanecerían hasta 1803, en el que D. Miguel Cayetano Soler, secretario de Hacienda, decidió trasladarlas a Fontameña (Parres, junto a Cangas de Onís), donde se instalaría una nueva Fábrica de Hojalata, cuyo plano, por cierto, toma como modelo el de El Salobre. Sólo quedó el antiguo caserón saqueado, en el que se instaló el Ayuntamiento mucho tiempo después. Entre tanto, parece que la fábrica

continuó existiendo, incluso funcionando, al parecer, aunque es de pensar que intermitentemente y con poca ganancia: la mencionan Miñano (1826) y el Nuevo Diccionario Geográfico Manual de M. Malte Brun (1836);¹³³ pero ya no sabemos si sería en el mismo edificio o en el lugar que ahora se llama “La Herrería” (donde más tarde hubo una central eléctrica: la “Máquina de la Luz”, y dicen que aún está, o estuvo hasta hace poco, el viejo martinete, que también da nombre a¹³⁴ dicho “Martinete, y enfrente, al otro lado del río del Salobre, se encuentra la leyenda: “Horno de fundición”, que sin duda sería “El Palomar de Cota”, una especie de torre —quizá, la chimenea— que aún vimos en pie, aunque ya casi en ruinas, hace cuarenta años. La primera edición del Mapa Topográfico Nacional refleja la existencia de RODRÍGUEZ DE LA TORRE, Fernando: *Albacete en textos geográficos anteriores a la creación de la provincia*, IEA, Albacete, 1985, pp. 294 y 323. Hemos hecho gestiones ante los actuales propietarios, pero dicen que no lo han encontrado, aunque sí lo recuerdan, igual que otros vecinos. A mediados del siglo XIX, según Pascual Madoz,¹³⁵ El Salobre tenía:

§ “CASAS: la Consistorial, un extenso y grande edificio, que en otro tiempo fue fábrica de hoja de lata, habitación de empleados y depósito de máquinas (...).

§ INDUSTRIA: (...) una ferrería y un martinete para elaborar tiradillo de hierro.

§ COMERCIO: hierro en barra y en diferentes manufacturas”.

Además, nos informa el mismo *Diccionario* de que existe en el término un lugar que se llama “ARCAS-REALES” —que estaría en la zona del “Puerto de El Salobre” y el “Puntal de la Mina”— del que dice: “dehesa, en la prov. de Albacete, Part. Jud. de Alcaraz, térm. jurisd. del Salobre y Villapalacios. Su terreno para pastos, áspero y con monte de jara, encierra mineral de hierro, de donde se saca mena para la ferrería del Salobre, propia de D. Manuel de Llano y Yandiola, vecino de esta corte”.

Este Manuel de Llano —quizá Ramón de Llano— era un curioso ejemplo de aquella burguesía, más rentista que especuladora y comercial, en que se convirtieron los viejos liberales tras las primeras décadas del

¹³³ RODRÍGUEZ DE LA TORRE, Fernando: *Albacete en textos geográficos anteriores a la creación de la provincia*, IEA, Albacete, 1985, pp. 294 y 323.

¹³⁴ Hemos hecho gestiones ante los actuales propietarios, pero dicen que no lo han encontrado, aunque sí lo recuerdan, igual que otros vecinos.

¹³⁵ MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1846-1850.

siglo XIX. Sobrino del inquieto Juan Antonio Yandiola (un liberal vizcaíno que había participado en la Conspiración del Triángulo para el asesinato del rey Fernando VII, por lo cual fue apresado y torturado, y después fue ministro de Hacienda en 1823, aunque hubo de exilarse a raíz del fracaso del Trienio y la vuelta al poder del peor absolutismo), heredó buena parte de la fortuna de éste, que falleció soltero en París en enero de 1830.¹³⁶ Una buena fortuna, ganada en los negocios, en la banca y la bolsa, que De Llano y los suyos invirtieron mayoritariamente en adquirir inmuebles, en Vizcaya, Madrid, y El Salobre, un lugar donde prácticamente él y sus descendientes, acabaron teniendo buena parte del término del recién segregado municipio, y la alcaldía casi como una pertenencia, cuando al fin se instalaron en el pueblo, hasta bien avanzado el siglo XX.¹³⁷ A principios de éste, al parecer, Ramón de Llano Navarro todavía era dueño del sitio llamado “El Martinete”, donde, con su permiso, y quizá en sociedad con dicho propietario, la familia Armiñana, procedente de Alcoy, que ya antes se había establecido en Fábricas de Riópar, montará la primera fábrica de tejidos (capotes, colchas, mantas...) ¹³⁸ que hubo en El Salobre, sin duda aprovechando la misma energía hidráulica que antes la ferrería y que poco después movería la turbina de la central eléctrica (aunque la balsa de esta se nutría también de algunas fuentes próximas). Y seguiría usándola cuando, tiempo después, se trasladó a un lugar cerca del casco urbano (“Máquina de la Lana” o de “Pepico”, situada igualmente junto al caz de las antiguas fábricas, que llenaba su alberca).

El *Anuario* de 1926 menciona a cuatro herreros,¹³⁹ pero ninguno de ellos trabajaba en el viejo caserón de la Fábrica, ni en la antigua Herrería, donde ahora funcionaba la central hidroeléctrica. Aparece también Ramón de Llano Ruiz —hijo del anterior— como uno de los seis mayores propietarios y como fabricante, pero ya no de chapa ni de hierro, sino de los textiles mencionados, junto a José Armiñana. Por entonces, la fábrica ya no era la fábrica, sino que el edificio, dividido entre varios propietarios, servía de vivienda por lo menos a cinco o seis familias. Se accedía —y se accede— a su patio interior mediante un “Portalón” abierto a la “Placeta”, desde la que, sin duda, entrarían los carros en su día. Pero probablemente

¹³⁶ RIVAS SANTIAGO, Natalio: “La conspiración del Triángulo”, en *Anécdotas y narraciones de antaño (páginas de mi archivo y narraciones para mis memorias)*, Ed. Juventud, Barcelona, 1943, pp. 11-27.

¹³⁷ PRETEL MARÍN, Aurelio: “Un curioso episodio de la Restauración; el motín de El Salobre (1911)”, en *Revista de Feria de Salobre*, 2011, pp. 10-14, y “El Salobre y Reolid...”, pp. 65-68.

¹³⁸ PALACIOS, José Antonio: “Origen de la industria textil en Salobre” (en la página web www.salobre.net).

¹³⁹ *Anuario Guía de la Provincia de Albacete*, Dirigido por Antolín Mirasol, Albacete, 1926, pp. 194-197.



El portalón y el patio interior de la fábrica. ▲

las crujías traseras —donde es de pensar que antes se encontrarán las fraguas, martinetes y quizá los talleres de estañado y blanqueado— ya se hubieran construidas para cerrar el cuadro y ampliar el espacio dedicado a viviendas, por lo que es muy difícil conocer el lugar y la manera en que estaban dispuestas aquellas dependencias en el siglo XVIII.

De las obras de Gérica y Reynaud solamente quedaba al comenzar el XX el citado edificio, no muy mal conservado, que ha llegado nosotros, aunque modificado en los últimos años —innecesariamente, a nuestro parecer— para instalar en él un nuevo Ayuntamiento. En otras obras hechas hacia 1960 aproximadamente, en la esquina que forma la Placeta con Miguel de Cervantes, quien esto escribe vio restos de fundición, y en 2012, en otras de la misma vivienda, aún aparecieron chimeneas cegadas de cuatro o cinco hornos, lo que indica que allí se fundía el metal. Como



El río Salobre, el caz y el río Chico. ▲

ya queda dicho, el o los martinetes deberían de estar más bien en la trasera, en la parte que da a la Calle de las Fábricas, debajo de una balsa, hoy inutilizada, situada dos calles más arriba, en la que desemboca —mejor, desembocaba— el “caz” que todavía conserva ese nombre y que traía el agua en paralelo a la orilla derecha del Río del Salobre, pero a un nivel más alto, desde una antigua presa situada aguas arriba. El mismo caz se usó con posterioridad para llenar la balsa que quizá movería la fábrica de lana y el “Molino de Esteban” (donde dicen, por cierto, que hubo otro martinete, cosa más que probable, visto el color negruzco de la tierra del suelo), y obviamente también para regar las huertas. Pero probablemente ya en el siglo XVIII sirviera, igual que hoy, como acequia de riego, al salir de la fábrica, cruzando la Placeta, hasta volver de nuevo a caer en el río, fuera del casco urbano.

Es de creer que algunas de las nuevas industrias —el citado molino, con una construcción de inusual fortaleza y calidad— se hubieran instalado en viejas dependencias de las antiguas fábricas; pero no lo sabemos. Una parte del caz -que atravesaba el río mediante una canal sostenida por un andamiaje de palos- se utilizó también durante el siglo XX para regar los huertos y mover los molinos de la orilla contraria (el que hubo en Los Marines y el que hay en la Cuesta del Molino), formando “el Río Chico”; pero es muy difícil conocer la antigüedad real de estas infraestructuras, ni si alguna de ellas tendría precedentes en las obras de Gérica y Reynaud. Sin duda, revisando en el Ayuntamiento los libros de sesiones del siglo XIX se podrían encontrar muchas respuestas. Ahí tienen tarea los amigos de la Historia local, si es que quieren perder —o ganar— unas horas aprendiendo algo más sobre su pueblo y sus antepasados.